



SARAH J. MAAS

UNA
CORTE
DE
ALAS
Y
RUINA

CROSS
BOOKS

SARAH J. MAAS

CORTE
UNA
DE
ALAS
Y RUINA

CROSS
BOOKS

Crossbooks, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *A Court of Mist and Ruin*
© Sarah J. Maas, 2017
© de la traducción: Julio Sierra, 2016
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: noviembre de 2017
ISBN: 978-84-08-17869-9
Depósito legal: B 22.151-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



CAPÍTULO

1

Feyre

El cuadro era una mentira.

Una brillante y bonita mentira, repleta de flores de color rosa pálido y gruesos rayos de sol.

Lo había comenzado el día anterior, una imagen ociosa del jardín de rosas que aparecía más allá de las ventanas abiertas del estudio. A través del enredo de espinas y hojas satinadas, el verde más brillante de las colinas se extendía alejándose.

Una incesante e implacable primavera.

Si yo hubiera pintado esta visión del patio de la manera en que mi instinto me lo había urgido, habrían sido espinas que hieren la piel, flores que tapaban la luz del sol a cualquier planta más pequeña que ellas, y ondulantes colinas teñidas de rojo.

Pero cada pincelada en el ancho lienzo estaba calculada. Cada toque y cada grito de colores mezclados significaban retratar no solo la primavera idílica, sino también una posición del sol. No muy feliz, pero con alegría, finalmente sanando los horrores que yo divulgaba con cuidado.

Suponía que en las últimas semanas yo había elaborado mi conducta tan intrincadamente como una de esas pinturas. Supuse que si también hubiera elegido mostrarme como en verdad deseaba, me habría adornado con garras para desgarrar las carnes y manos que ahogaban la vida de los que entonces me acompañaban. Habría dejado los pasillos dorados manchados de rojo.

Pero todavía no.

Todavía no, me decía a mí misma con cada pincelada, con cada

movimiento que había hecho estas semanas. La venganza rápida no le serviría a nadie, salvo a mi propia y furiosa rabia, y nada más.

Incluso cuando les hablaba, oía a Elain sollozando mientras era obligada a entrar en el Caldero. Incluso cuando las miraba, veía a Nesta que apuntaba con el dedo al rey de Hybern en una promesa de muerte. Incluso cada vez que sentía su olor, mis fosas nasales se llenaban con el sabor de la sangre de Cassian que se extendía sobre las piedras oscuras de aquel castillo de huesos.

El pincel se quebró entre mis dedos.

Lo partí en dos, el pálido mango dañado más allá de toda reparación.

Maldiciendo en voz baja, miré hacia las ventanas, hacia las puertas. Este lugar estaba demasiado lleno de ojos atentos para arriesgarme a arrojarlo a la basura.

Mi mente se movió alrededor de mí como una red, buscando a otros suficientemente cercanos para ser testigos, para ser espías. No encontré a ninguno.

Estiré las manos hacia delante, con una mitad del pincel en cada una.

Por un momento, me permití ver el encanto que ocultaba el tatuaje en mi mano y mi antebrazo derechos. Las marcas de mi verdadero corazón. De mi verdadero título.

Alta lady de la Corte Noche.

La mitad de un pensamiento convirtió el pincel roto en llamas.

El fuego no me quemó, aunque devoró la madera, el manojito de pelo y la pintura.

Cuando no fue más que humo y cenizas, invité a un viento para que los barriera de las palmas de mis manos y los sacara por las ventanas abiertas.

Para asegurarme, convoqué una brisa del jardín para que se deslizará por la habitación, limpiando cualquier voluta de humo que quedara, llenándolo todo con el húmedo y sofocante olor de las rosas.

Tal vez cuando mi tarea aquí haya terminado, quemaré esta mansión hasta los cimientos, también. Comenzando con esas rosas.

Dos presencias que se aproximaban aparecieron en el fondo de mi mente y agarré otro pincel, sumergiéndolo en el remolino más cercano de pintura, y bajé las invisibles y oscuras trampas que había erigido alrededor de esta habitación para alertarme ante la presencia de algún visitante.

Estaba trabajando en la forma en que la luz del sol iluminaba las delicadas venas de un pétalo de rosa, tratando de no pensar en cómo una vez lo había visto hacer lo mismo con las alas ilyrias, cuando las puertas se abrieron.

Hice una buena actuación al mostrarme absorta en mi trabajo, con los hombros un poco encorvados, la cabeza inclinada. E hice una actuación todavía mejor al mirar despacio por encima del hombro, como si el esfuerzo de apartarme de la pintura fuera un verdadero sufrimiento.

Sin embargo, la batalla real fue la sonrisa que me obligué a poner en mi boca. En mis ojos, la verdadera manifestación de una sonrisa de naturaleza genuina. La había practicado mucho en el espejo. Una y otra vez.

De modo que mis ojos se arrugaron con facilidad al dirigirle a Tamlin una modesta pero feliz sonrisa.

A Lucien.

—Perdón por interrumpir —se disculpó Tamlin, escudriñando mi rostro en busca de alguna señal de las sombras de las que yo recordaba ocasionalmente haber sido presa, esas que yo manejaba para mantenerlo a raya cuando el sol se hundía más allá de las laderas de aquellas colinas—. Pero pensé que querrías prepararte para la reunión.

Me obligue a tragar. Bajé el pincel. Tal como haría la niña nerviosa, insegura, que era yo hace mucho tiempo.

—Va a... ¿Has hablado con Ianthé? ¿De verdad va a venir?

Todavía no la había visto. A la alta sacerdotisa que traicionó a mis hermanas por Hybern, que nos traicionó por Hybern.

Y aunque los informes turbios y rápidos de Rhysand a través del lazo de apareamiento habían calmado algo de mi temor y de mi terror..., ella era responsable de ello. De lo que había ocurrido semanas atrás.

Fue Lucien quien respondió, estudiando mi pintura como si esta tuviera la prueba que yo sabía que él estaba buscando.

—Sí. Ella... tenía sus razones. Y está dispuesta a explicártelas.

Tal vez junto con sus razones para poner sus manos sobre cualquier macho que ella quisiera, con aprobación de estos o no. Por hacerlo con Rhys y Lucien.

Me preguntaba qué era lo que Lucien realmente pensaba de ello. Y del hecho de que la amiga y acompañante de Hybern hubiera acabado siendo su compañera. Elain.

No habíamos hablado de Elain más que una sola vez, al día siguiente de mi regreso.

«A pesar de lo que Jurian quiso decir en cuanto a cómo mis hermanas serían tratadas por Rhysand —le había dicho yo—, a pesar de cómo es la Corte Noche, no van a hacerles daño a Elain ni a Nesta de esa manera, todavía no. Rhysand tiene formas más creativas de hacerlo.»

Lucien todavía parecía dudar.

Pero, por mi parte, yo también había implicado, con mis propias «lagunas» de la memoria, que tal vez no había recibido la misma cortesía.

Que ellas lo creyeran tan fácilmente, que pensarán que Rhysand podría llegar a forzar a alguien... Añadí el insulto a la larga larga lista de cosas para recompensarlas.

Dejé el pincel y me quité la bata salpicada de pintura para depositarla con cuidado sobre el taburete en el que había estado encaramada casi dos horas.

—Voy a cambiarme —murmuré, lanzando mi trenza suelta por encima del hombro.

Tamlin asintió con la cabeza, observando todos mis movimientos mientras me acercaba a ellos.

—La pintura se ve preciosa.

—Me falta mucho para terminarla —expliqué, arrinconando a aquella niña que había evitado elogios y felicitaciones, que había querido pasar desapercibida—. Todavía es un desastre.

Francamente, era uno de mis mejores trabajos, aunque la profundidad de su alma era solo visible para mí.

—Creo que todos lo somos —dijo Tamlin, con una sonrisa que intentaba ser amable.

Reprimí el impulso de apartar los ojos y le devolví la sonrisa, rozándole al mismo tiempo el hombro con la mano.

Lucien estaba esperando fuera de mi nuevo dormitorio cuando salí diez minutos más tarde.

Había tardado dos días en dejar de dirigirme al viejo dormitorio, en girar a la derecha en la parte superior de la escalera y no a la izquierda. Pero no había nada en esa vieja habitación.

La había examinado una vez, al día siguiente de mi regreso. Muebles rotos; ropa de cama destrozada; ropa esparcida como si él hubiera ido a buscarme dentro del armario. Parecía que a nadie se le había permitido entrar para limpiar.

Pero eran las enredaderas —las espinas— las que hacían que el lugar fuera inhabitable. Mi viejo dormitorio había sido invadido del todo por ellas. Se curvaban y avanzaban sobre las paredes, entrelazadas entre los escombros. Como si se hubieran deslizado desde los enrejados debajo de mis ventanas, como si hubieran pasado cien años y no meses.

Ese dormitorio se había convertido en una tumba.

Recogí las suaves faldas rosadas de mi vestido de gasa en una mano y cerré la puerta del dormitorio al salir. Lucien permaneció apoyado en la puerta frente a la mía.

Su habitación.

No tuve ninguna duda de que se había asegurado de que yo estuviera frente a él en ese momento. No dudé tampoco de que el ojo de metal que poseía siempre estaba dirigido hacia mí. Incluso mientras dormía.

—Me sorprende que estés tan tranquila, dadas tus promesas en Hybern —dijo Lucien a manera de saludo.

La promesa que yo había hecho de matar a las reinas humanas, al rey de Hybern, a Jurian y a Ianthe por lo que les habían hecho a mis hermanas. A mis amigos.

—Tú mismo dijiste que Ianthe tenía sus razones. Por furiosa que yo esté, puedo escucharla.

No le había contado a Lucien lo que sabía de la verdadera naturaleza de ella. Eso significaría explicar que Rhys la había expulsado de su propia casa, que Rhys lo había hecho para defenderse a sí mismo y a los miembros de su corte, y eso provocaría demasiadas preguntas, socavaría demasiadas mentiras cuidadosamente elaboradas que los habían mantenido a él y a su corte, mi corte, a salvo.

Aunque me preguntaba si, después de lo ocurrido en Velaris, eso era necesario. Nuestros enemigos conocían la ciudad, sabían que era un lugar de bien y de paz. Y había intentado destruirla a la primera oportunidad.

La culpa por el ataque a Velaris después de que Rhys hubiera revelado su existencia a aquellas reinas humanas perseguiría a mi compañero durante el resto de nuestras vidas inmortales.

—Ella elaborará un relato que vas a querer escuchar —me advirtió Lucien.

Me encogí de hombros mientras avanzaba por el alfombrado pasillo vacío.

—Puedo decidirlo yo misma. Aunque parece que tú ya has elegido no creerla.

Él caminaba junto a mí.

—Fue ella quien arrastró a dos mujeres inocentes a eso.

—Estaba trabajando para asegurarse de que la alianza de Hybern se mantuviera firme.

Lucien me detuvo cogiéndome por el codo.

Se lo permití, porque no permitírselo, contrariamente a lo que había hecho en el bosque hace meses, o usando una maniobra ilyria evasiva para derribarlo, estropearía mi plan. «Tú eres más astuta que eso.»

Observé la ancha y morena mano que me envolvía el codo. Y luego me encontré con un ojo rojo y otro de oro brillante.

Lucien suspiró.

—¿Dónde la tiene encerrada?

Yo sabía a quién se refería.

Negué con la cabeza.

—No lo sé. Rhysand tiene un centenar de lugares donde podrían estar, pero dudo que usara alguno de ellos para esconder a Elain, sabiendo que yo los conozco.

—Dime cuáles son de todos modos. Haz una lista sin dejarte ninguno.

—Morirás en el momento en que pongas un pie en su territorio.

—Sobreviví bastante bien cuando os encontré a vosotros.

—Tú no podías saber que él me tenía cautiva. Dejaste que él me permitiera entrar otra vez.

Mentira, mentira, mentira.

Pero el dolor y la culpa que yo esperaba seguían sin aparecer. Lucien aflojó la fuerza con que me sujetaba por el codo.

—Tengo que encontrarla.

—Ni siquiera conoces a Elain. El lazo de apareamiento es solo una reacción física que anula tu sensatez.

—¿Eso es lo que os hizo a ti y a Rhys?

Una pregunta simple y peligrosa. Pero hice que el miedo entrara en mis ojos, me dejé arrastrar por los recuerdos de la Tejedora, del Tallador, del gusano Middengard de modo que el viejo terror se apoderó de mi olor.

—No quiero hablar de ello —balbucí con voz áspera y vacilante.

Un reloj dio la hora en el piso principal. Envié una silenciosa oración de agradecimiento a la Madre y me puse a caminar con rapidez.

—Llegaremos tarde.

Lucien solo hizo un movimiento de cabeza asintiendo. Pero sentí su mirada en mi espalda, clavada justo en la columna vertebral, mientras bajaba. Iba a ver a Ianthe.

Y por fin decidiría de qué manera hacerla pedazos.



La alta sacerdotisa era exactamente como yo la recordaba, tanto en los recuerdos que Rhys me había mostrado como en mis propias ensañaciones de usar las garras escondidas debajo de mis uñas para sacarle los ojos, arrancarle la lengua y después abrirle la garganta.

La rabia se había convertido en una cosa viva dentro de mi pecho, un latido del corazón que me tranquilizaba para ir a dormir y me estimulaba para despertar. La contuve mientras miraba a Ianthe al

otro extremo de la formal mesa de comedor, con Tamlin y Lucien a cada uno de mis lados.

Ella todavía llevaba la capucha pálida y la diadema de plata con su límpida piedra azul.

Como un Sifón. La gema me hizo recordar los Sifones de Azriel y de Cassian. Y me preguntaba si, al igual que la de los guerreros ilyrios, la joya, de alguna manera, ayudaba a transformar un inmanejable don de magia en algo más refinado, más mortífero. Ella nunca se la había quitado, pero hay que señalar que jamás vi a Ianthe invocar algún poder mayor que el necesario para encender una bola de luz inmortal en una habitación.

La alta sacerdotisa bajó los ojos verde azulado hacia la mesa de madera oscura, con la capucha proyectando sombras sobre su rostro perfecto.

—Quiero empezar diciendo lo mucho que lo lamento. Actué impulsada por el deseo de... conceder lo que yo creía que quizá vos anhelaíais pero no os atrevíais a decir, y a la vez también mantener a nuestros aliados en Hybern satisfechos con nuestra lealtad.

Bonitas, envenenadas mentiras. Pero al encontrar su verdadero motivo..., estuve esperando semanas esta reunión. Había pasado esas semanas fingiendo estar convaleciente, fingiendo sanar de los horrores sufridos a manos de Rhysand.

—¿Por qué iba a desear yo que mis hermanas tuvieran que soportar eso? —Mi voz salió temblorosa, fría.

Ianthe levantó la cabeza, escudriñando mi inseguro, quizá un poco distante, rostro.

—Porque así podríais estar con ellas para siempre. Y si Lucien hubiera descubierto que Elain sería su compañera de antemano, habría sido... devastador darse cuenta de que él solo tendría unas pocas décadas por delante.

El sonido del nombre de Elain en sus labios provocó un gruñido que me subió por la garganta. Pero lo dominé, cayendo en esa máscara de sereno dolor, la más nueva de mi arsenal.

—Si esperáis nuestra gratitud —respondió Lucien—, más vale que os arméis de paciencia, Ianthe.

Tamlin le lanzó una mirada de advertencia, tanto por las palabras como por el tono. Quizá Lucien mataría a Ianthe antes de que yo tuviera la oportunidad de hacerlo, solo por el horror al que ella había sometido a su pareja aquel día.

—No —respondió Ianthe, con los ojos muy abiertos, la imagen perfecta del remordimiento y la culpa—. No, no espero gratitud en absoluto. Ni perdón. Sino comprensión... Esta también es mi casa.

—Levantó una mano delgada cubierta de anillos y pulseras de plata para abarcar toda la sala, todo el palacio—. Todos nosotros tuvimos que establecer alianzas que jamás creímos tener que forjar..., quizá desagradables, sí, pero... la fuerza de Hybern es demasiado grande para detenerla. Ahora solo hay que resistirla como cualquier otra tormenta. —Dirigió una mirada hacia Tamlin—. Hemos trabajado muy duro todos estos meses para prepararnos para la llegada inevitable de Hybern. Cometí un grave error, y siempre lamentaré cualquier dolor que haya podido causar, pero continuemos juntos este buen trabajo. Busquemos una manera de asegurar que nuestras tierras y nuestra gente sobrevivan.

—¿A costa de cuántos otros? —preguntó Lucien.

Otra vez esa mirada de advertencia de Tamlin. Pero Lucien la ignoró.

—Lo que vi en Hybern... —continuó Lucien, agarrando los brazos de su sillón con tanta fuerza que la madera tallada gimió—. Cualquier promesa que él hiciera de paz e inmunidad... —Se detuvo, como si de pronto recordara que Ianthe podría muy bien informar de todo esto al rey. Aflojó la tensión y flexionó sus largos dedos antes de relajarse otra vez—. Tenemos que ser cuidadosos.

—Lo seremos —prometió Tamlin—. Pero ya hemos acordado ciertas condiciones. Sacrificios. Si nos separamos ahora..., incluso con Hybern como aliado nuestro, tenemos que presentar un frente sólido. Juntos.

Todavía confiaba en ella. Todavía pensaba que Ianthe simplemente había hecho una jugada equivocada. No tenía idea de lo que acechaba bajo la belleza, la ropa y los piadosos encantamientos.

Pero, digámoslo, esa misma ceguera le impidió darse cuenta de lo que rondaba también debajo de mi piel. Ianthe inclinó otra vez la cabeza.

—Voy a tratar de ser digna de mis amigos.

Lucien parecía estar tratando, con mucho mucho esfuerzo, de no poner los ojos en blanco.

Pero Tamlin dijo:

—Todos lo intentaremos.

Esa era su nueva palabra favorita: «intentarlo».

Yo tragué con fuerza, asegurándome de que lo oyera, y asentí lentamente, manteniendo mis ojos en Ianthe.

—Nunca vuelvas a hacer algo así.

La orden de un tonto..., una que ella esperaba que yo diera por la rapidez con la que asintió. Lucien se recostó en su asiento, negándose a decir cualquier otra cosa.

—Lucien tiene razón, sin embargo —aseguré. Era la imagen de la pura preocupación—. ¿Y la gente en esta corte durante este conflicto? —Fruncí el ceño mirando a Tamlin—. Fueron brutalmente tratados por Amarantha..., y no estoy segura de hasta qué punto podrán soportar la vida al lado de Hybern. Ya han sufrido bastante.

Tamlin apretó la mandíbula.

—Hybern ha prometido que nuestro pueblo permanecerá intacto y no será molestado. —«Nuestro» pueblo. Casi fruncí el ceño..., incluso cuando asentí de nuevo mostrando comprensión—. Eso fue parte de nuestra... negociación.

Cuando vendió a todo Prythian, vendió todo lo que era decente y bueno en sí mismo, para recuperarme.

—Nuestra gente estará segura cuando llegue Hybern. Aunque he enviado mensajes para que las familias... se trasladen a la parte oriental del territorio. Por el momento.

Bien. Al menos había considerado esas bajas potenciales..., al menos se preocupaba un poco por su gente, teniendo en cuenta el tipo de jugarretas enfermizas que le gustaba jugar a Hybern y que podría jurar una cosa pero queriendo decir otra. Si Tamlin ya estaba sacando del camino a los que más riesgo corrían durante este conflicto..., eso hacía que mi trabajo aquí fuera mucho más fácil. Y el este, según esa información... Si el este estaba seguro, entonces el oeste... Hybern ciertamente vendría de esa dirección. Llegaría por allí.

Tamlin exhaló con fuerza.

—Eso me lleva a la otra razón de esta reunión.

Me preparé, haciendo que mi rostro mostrara una tibia curiosidad, cuando dijo:

—La primera delegación de Hybern llega mañana. —La tez bronceada de Lucien palideció. Tamlin añadió—: Jurian estará aquí al mediodía.